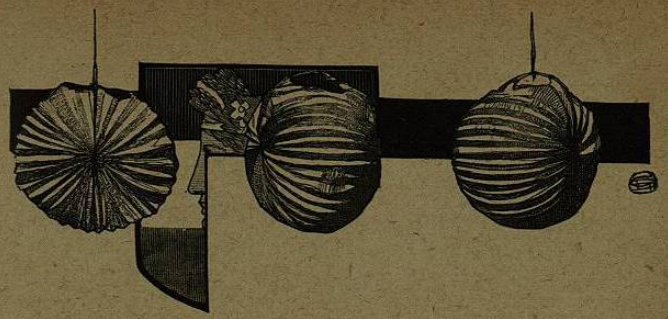


PREPARATIVOS DE FIESTA

El momento se aproxima; en las calles ya se nota el rebullir de las gentes, un estremecimiento parecido al de la superficie de los mares cuando se prepara la tempestad.

Las tiendas, empavesadas y floridas con banderolas, revisten sus fachadas con los alegres colores nacionales.

Poco á poco exáltanse los corazones. No se habla de otra cosa en todo el día. Las gentes cambian sus impresiones.

—¡Qué fiesta, pero qué fiesta, señores míos!

—¿No sabe usted la noticia? Todos los reyes vendrán de incógnito, en traje de levita, para verlo.

—Aseguran que llegó ya el emperador de Rusia, y dicen que proyecta recorrer todo París con el príncipe de Gales.

—¡Vaya una fiesta! ¡Qué fiesta, pero qué fiesta!

Sí, una señora fiesta; lo que Patissot, burgués de París, llama «una señora fiesta».

Un pretexto para que una heterogénea muchedumbre recorra, durante quince días, las calles de la ciudad, luciendo todas las horripilantes y emperifolladas fisonomías; un oleaje de sudorosos cuerpos donde se apiñan, estrujándose, la bruja engalanada con cintajos tricolores, gimiendo en las apreturas porque ha engordado excesivamente detrás del mostrador; el empleado raquítico y anguloso que remolca exánime á su mujer y á su criatura; el obrero que lleva sentado sobre sus hombros á su hijo; el provinciano, que de todo se asombra, poniendo cara de imbécil estupefacto; el mozo de cochera que huele á cuadra, y los extranjeros vestidos con gusto extravagante; las inglesas como jirafas, el aguador con el traje de los domingos, y la falange numerosa de modestos burgueses, rentistas inofensivos que se divierten con todo.

Achuchones, tropiezos, molestias, apreturas, polvo y sudor, gritos desentonados, blanduras de carne humana, exterminio de los callos á fuerza de pisotones, ausencia de todo raciocinio, perfumes apestosos, hedores, forcejeos inútiles, alientos putrefactos: ¡ofrecedle al señor Patissot, burgués de París, todas las alegrías que puedan cautivar su corazón!

Hace sus preparativos desde que leyó en una esquina el bando del Alcalde:

«Apelo á vuestro patriotismo, y no dudo que rivalizaréis, dando á la fiesta el esplendor que merece tan fausto acontecimiento. Poned colgaduras é iluminaciones; reunid, entre los vecinos, la mayor cantidad posible para que ofrezcan vuestras casas, vuestra calle, un aspecto sorprendente; más artístico, más deslumbrante que las casas y las calles contiguas.»

Tal era la prosa de aquel documento. Convencido, entusiasmado Patissot, preocupóse de concebir un proyecto llamativo, de combinar un aspecto artístico para su vivienda.

Ofrecíasele un grave inconveniente. La única ventana de su habitación recibía luces de un patio, de un patio lóbrego, estrecho, profundo, donde so-

lamente los gatos y las ratas hubieran podido admirar sus iluminaciones.

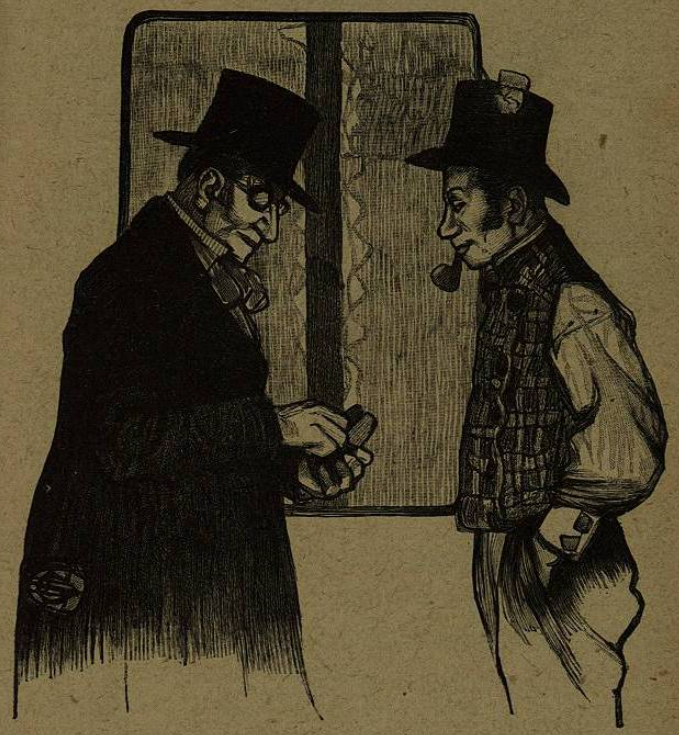
Necesitaba un hueco sobre la calle. Y se lo proporcionó. En el piso principal de la casa vivía un señorón acaudalado, noble, realista, cuyo cochero, reaccionario también, habitaba en el sexto piso, una guardilla exterior. El viejo empleado supuso que toda conciencia se vende, si el precio acomoda, y ofreció diez francos al hombre de la fusta para que le cediera su habitación desde medio día hasta las doce de la noche.

El ofrecimiento fué aceptado.

Faltaba sólo preparar el adorno, la ornamentación.

¿Tres banderas y cuatro farolillos japoneses bastarían para dar al ventano del tabuco apariencias artísticas? ¿bastarían para expresar toda su exaltación patriótica? No; ¡seguramente, no! Pero, á pesar de sus desvelos y de sus investigaciones constantes, al señor Patissot no se le ocurría otra cosa.

Quiso aconsejarse de sus vecinos, á quienes la duda extrañaba; interrogó á sus compañeros de oficina.... Todo el mundo había comprado farolillos y



banderolas, añadiendo, como gala de día, colgaduras tricolores.

Patissot, obstinado, no cesaba en busca de una idea original. Frecuentó los cafés, queriendo sonsacar los proyectos y las ideas de los parroquianos, pero no tenían imaginación. Una mañana encaramóse á la imperial de un ómnibus. Junto á él, un señor de aspecto respetable, chupaba tranquilamente un puro; algo más allá, un obrero llenaba su pipa en la palma de la mano; dos golfos bromeaban detrás del cochero, y algunos empleados de

varias categorías iban á cumplir sus obligaciones, mediante quince céntimos.

Asomando al quicio de las tiendas amontonábase la percalina tricolor, que abrillantaban los oblicuos rayos del sol naciente.

Patissot, dirigiéndose al caballero del puro, insinuó:

—¡Serán unos hermosos festejos!

El caballero le miró de través y limitóse á mascullar, con tono agrio:

—Me importa un pitoche.

—¿No le interesa una manifestación patriótica tan sonada?—preguntó Patissot asombrado.

El caballero del puro, meneando la cabeza desdeñosamente, insistió:

—¡Me parecen dignos de lástima los que se apasionan con tales festejos! ¿Qué festejan? ¿A quién festejan? ¿Al Gobierno?... Señor mío: no tengo por qué festejarle; no conozco al Gobierno.

Patissot, que por su condición de oficinista era un esqueje del Gobierno, sintióse molestado por aquella salida, y quiso dar á su respuesta la mayor solemnidad posible:

—Señor mío: el Gobierno es la República.

El otro no se inmutó, y metiéndose las manos en los bolsillos, dijo tranquilamente:

—¡Ah! ¿Sí? No me opongo. Que sea la República, si á usted le place; pero de todos modos, me importa un pitoche. Yo no sabría respetar un Gobierno que no conozco; necesito conocer al Gobierno para respetarlo. Respeté á Carlos X, porque le conocí; respeté á Luis-Felipe, conociéndole; conocí á Napoleón III y lo respeté. Pero no he visto jamás á la República.

Patissot, en actitud grave y digna, replicó:

—Está representada por el Presidente.

Con un gruñido, el otro insistió:

—¡He de verlo!

Patissot, encogióse de hombros:

—Cualquiera puede verlo; no lo guardan bajo llave, ni escondido en un armario.

De pronto, el caballero del puro se indignó:

—¡Pues repito y auguro que no es posible verlo! Muchas veces lo intenté, inútilmente. De nada me sirvió acechar en torno del Elíseo, que, según dicen, habita. Me aseguraron que jugaba á carambolas en un café, y estuve días enteros en el café, sin que nunca se presentara. Leí que asistiría en

carruaje á las carreras, y no asistió. Harto, al fin, renuncié á verle. Ni siquiera he visto á Gambetta y no me tropiezo nunca ni con un diputado.

Se animaba.

—Un Gobierno, señor mío, debe presentarse al público, procurando que le conozcan. ¿Es posible gobernar de otro modo? ¿Tiene otra razón de ser? El pueblo necesita estar enterado: A tal hora de tal día, el Gobierno pasará por tal calle. Así puede salirle al paso todo el mundo.

Patissot meditaba, tranquilo, esas argumentaciones:

—Mejor sería conocer á los gobernantes.

El caballero del puro se dulcificó.

—¿Sabe usted cómo imagino yo los festejos? Pues bien, señor mío: construiría unos coches dorados, como las carrozas de gala de los reyes, que recorrieran la población llevando al Presidente, á los ministros, diputados y senadores, durante diez ó doce horas. Así, todos conoceríamos al Gobierno.

Uno de los golfos que iban detrás del cochero, lanzó esta pregunta:

—¿Y por qué no llevar también los gigantones y la tarasca?

Semejante ocurrencia hizo reir á todos los viajeros.

Patissot, haciéndose cargo de la objeción inesperada, murmuró:

—Pasearlos por las calles como usted dice, parecería cosa de Carnaval.

Convencido el caballero del puro, inmediatamente rectificó su idea:

—También podían estar en un sitio visible donde los viéramos y no los zarandeáramos; encima del Arco de Triunfo de la Estrella, por ejemplo. Desfilaría por allí todo el vecindario. Esto me parece más oportuno, y sería de mucho efecto.

El golfo volvió á meter baza:

—Los veríamos... con telescopio.

El caballero del puro continuó sin hacer caso:

—¡Lo mismo que la distribución de banderas! Habría que buscar un pretexto, un simulacro de batalla; y luego se ofrecerían las banderas como premio por el triunfo. Yo tuve una idea, y se la escribí al ministro, pero no me ha contestado. Puesto que se ha elegido la fecha del asalto de la Bastilla, sería oportuno representar al vivo aquel suceso. Una Bastilla de cartón, montada por un es-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

cenógrafo, y ocultando entre sus muros el monumento de Julio. El ejército al asalto, lo cual fuera un hermoso espectáculo y al mismo tiempo una enseñanza: «las tropas destruyendo los baluartes de la tiranía». Después, el incendio; y ardería de verdad la Bastilla de cartón, destruyéndose y apareciendo entre las llamas el monumento de Julio, con el genio de la Libertad sobre la columna, símbolo de las ideas libertadoras.

Todos oían con atención y juzgaban la idea excelente.

Un anciano dijo:

—Es una ocurrencia famosa, caballero, y que prueba su patriotismo, al par que su imaginación. Lástima que no se decidiese á realizarla el Gobierno.

Un joven declaró que los actores más famosos deberían recitar por las calles las poesías patrióticas de Barbier, para imbuir al pueblo simultáneamente ideas de arte y de libertad.

Cada proyecto nuevo excitaba el entusiasmo. Todos querían hablar, exaltábanse los cerebros. Cruzáronse con un piano de manubrio que tocaba la Marsellesa; el obrero entonó una estrofa: le hi-

cieron coro. El ritmo del canto popular animó al cochero y éste á los caballos, que galopaban furiosamente.

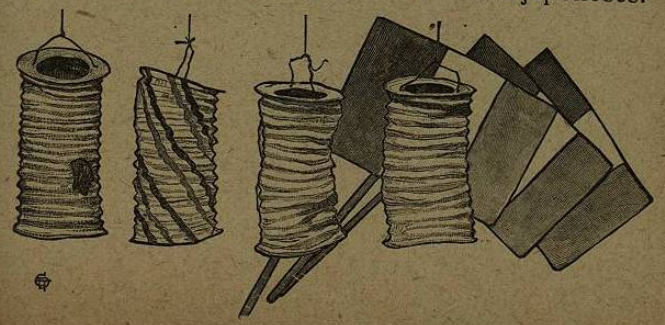
Patissot vociferaba como un energúmeno, golpeándose las rodillas con las palmas de las manos, y los viajeros que iban apiñados en el interior, se intranquilizaban, ensordecidos por aquel estruendo tempestuoso que había estallado sobre sus cabezas.

Callaron al fin, y Patissot, creyendo en las iniciativas del caballero del puro, le consultó los preparativos que tenía proyectados:

—Colgaduras y banderas, me parecen imprescindibles; pero me gustaría otra cosa de más lucimiento, algo de novedad.

El caballero del puro, reflexionó largamente, pero sin ocurrírsele nada.

Por eso, Patissot tuvo que limitarse á una colgadura, tres banderolas y cuatro farolillos japoneses.



UNA HISTORIA TRISTE

PARA descansar de las fatigas ocasionadas por los festejos, el señor Patissot ideó pasar el domingo siguiente, reposado, tranquilo, en algún lugar apacible, donde recreara sus ojos el espectáculo de la naturaleza.

Deseoso de hallarse frente á un panorama vastísimo, eligió la terraza de Saint-Germain. Hasta después de almorzar no se puso en marcha, y, cuando hubo hecho una visita—de cumplido—al Museo prehistórico, sin comprender ni agradarle nada—solamente para tranquilizar su conciencia; quedóse muy admirado ante aquel anchuroso pa-

seo desde donde se descubren á distancia París y sus cercanías, las llanuras, los bosques, los pueblecitos y hasta lejanas ciudades, toda la extensión cortada por las azules y numerosas ondulaciones del río encantador y suave que atraviesa y fecunda el corazón de Francia: *el Sena*.

En las violadas y borrosas lejanías, á distancias incalculables, veíanse diminutos poblados, como blanquecinas calvas luciendo sobre las verdes laderas.

Y, reflexionando que allí, en aquellos hogares apenas perceptibles, hombres como él vivían, padecían y trabajaban, concibió por vez primera la miserable condición del mundo, estrecha cárcel.

Perdidos en el espacio, á distancia infinita, otros universos incubarían acaso razas más poderosas é inteligentes que nuestra raza; y los veíamos lucir como farolitos en la noche, sin comprender su inmensidad...

Se le desvaneció la vista, vagando en la extensión abrumadora, sin límites, y se borraron de su mente aquellas reflexiones que le aguaban el meollo.

Recorriendo con pausado andar la terraza, de un

extremo á otro, iba encorvándose, como si le abatiera el peso de sus filosofías.

Sentóse en un banco, donde se hallaba sentado ya otro caballero; tenía éste ambas manos cruzadas sobre el puño del bastón y apoyaba la barba sobre las manos, en actitud cavilosa y reflexiva.

Pero como Patissot era un hombre incapaz de permanecer cuatro segundos junto á un semejante sin dirigirle alguna pregunta, después de contemplar á su vecino, carraspeó, insinuándose con estas palabras:

—¿Podría usted indicarme, caballero, si no lo ignora como yo, el nombre de aquel pueblecito?

El caballero, meditabundo, levantando tristemente la cabeza, dijo con voz apagada:

—Sartrouville.

Y no dijo más. Patissot, contemplando la inmensa perspectiva del paisaje, sombreado por añosos y gigantescos árboles, mientras respiraba las brisas aromosas del bosque, rejuvenecido por los efluvios primaverales de la campiña, con los ojos encandilados y la boca sonriente, murmuró:

—La espesura del boscaje ofrecerá escondrijos deleitosos para los enamorados.

El caballero, taciturno, dijo entonces con dolorosa expresión:

—Si yo me sintiera enamorado, me suicidaría inmediatamente.

Patissot, que profesaba otras opiniones acerca del asunto, protestó:

—Supongo que habla usted por hablar. ¿Qué motivos tiene para decir eso?

—¿Motivos? ¡Apenas me costó caro! ¡Cualquier día me pescan otra vez!

El oficinista, prometiéndose una historia interesante, hizo un gesto que demostraba su mucha satisfacción, al decir:

—¡Naturalmente! Haría usted locuras, y las locuras cuestan siempre caras.

El otro suspiró, lleno de melancolía:

—No, señor; no hice locuras; pero las circunstancias me fueron adversas; no hubo más.

Patissot, obstinándose, y temeroso de perder aquel regalo de su curiosidad, insistió:

—No todos los hombres podemos vivir como los clérigos: no es natural ni conveniente; la naturaleza impone su condición.

El otro, alzando los ojos al cielo, con tono plañidero, afirmó:

—Dice usted mucha verdad, señor mío, y si los clérigos fuesen hombres como los demás, no tuviera yo que dolerme de mis desdichas. Soy enemigo acérrimo del celibato eclesiástico, y tengo mis razones; vaya, sí, señor, tengo mis razones.

Patissot cada vez más interesado, balbució:

—¿Sería indiscreto preguntarle...?

—Nada: le contaré puntualmente la historia, para que pueda medir todo el alcance de mi desventura. Yo nací normando, señor mío. Era mi padre molinero en Darnetal, cerca de Rouen, y al morir nos dejó á mi hermano y á mí, bastante niños aún, al amparo de nuestro tío, un sacerdote viejo, que nos educó, enviándonos luego á París en busca de una manera de vivir honrosa. Mi hermano

tenía veinte años; yo veintidós. Nos instalamos, por economía, en el mismo aposento, y vivíamos tranquilamente, cuando se ofreció la triste aventura que voy á referirle:

«Cierta noche, de regreso hacia mi casa, encontré á una mujer, cuya presencia me agradó muchísimo. Lo reunía todo, todo lo que yo deseaba, caballero; buenas carnes, y apariencias de bondad y sencillez. No me atreví á decirle ni una palabra, pero la miré de un modo significativo. A la noche siguiente, como yo era tímido, cuando la vi pasar tampoco supe abordarla, pero la saludé respetuoso, descubriéndome, y ella respondió con una sonrisa complaciente. Al otro día ya me atreví á detenerla y hablarle.

»Llamábase Victoria y trabajaba de costurera en un taller de confecciones. Al punto comprendí que aquella mujer me había enamorado.

»Y le dije: —Señorita: me será muy doloroso continuar viviendo lejos de usted—. Ella bajó los ojos, en silencio. Entonces la cogí una mano, y aquella mano que yo cogí, oprimió suavemente la mía. Fué un apasionamiento loco, señor mío; un entusiasmo delirante; pero como yo

vivía con mi hermano, de momento no supe qué hacer.

»Llegué á casa decidido á contárselo todo, y él se anticipó refiriéndome una historia parecida: también estaba enamorado. Convinimos en separarnos, en tomar otro alojamiento para él, sin hablarle á nuestro tío de la separación. Y el tío continuó dirigiendo á mi casa la correspondencia.

»Todo fué á pedir de boca, y á los ocho días Victoria se instaló en mi casa, decididos ambos á vivir maritalmente. Mi hermano llevó también á su amiga, y cenamos los cuatro alegremente. Cuando se fueron, Victoria me hizo dichoso... Y después nos dormimos.

»Un violento campanillazo nos despertó. Miré la hora: eran las tres de la madrugada. Me puse los pantalones de prisa, y acercándome á la puerta pensé: —No auguro cosa buena; ¿quién puede llamar tan á destiempo?

»¡Mi tío!, mi tío el cura; mi tío, con su maleta, diciéndome:

—Yo soy, muchacho, yo soy. Vengo á pasar algunos días en París con vosotros y he querido sorprenderos. El señor obispo me ha dado una licencia.

»Me abrazó, me besó, entró y cerró la puerta. Yo estaba más muerto que vivo, pero al verle dispuesto á entrar en mi alcoba, le detuve, saltándole al cuello y gritando:

—No, por ahí no; por aquí, por aquí.

»Le conduje al comedor. ¿Ha visto usted á un hombre más comprometido que yo en aquellas circunstancias? ¿Cómo hallar una solución? El me dijo:

—¿Y tu hermano? ¿Duerme? Voy á despertarle.

»Se me ocurrió una mentira:

—No está en casa. Un trabajo extraordinario y urgente le ha obligado á pasar la noche de hoy en la tienda.

»Mi tío se frotaba las manos de gusto, satisfecho:

—¡Ah! caramba, caramba. ¿De manera que trabajáis de lo lindo?

»Tuve una idea luminosa:

—Tendrá usted ganas de tomar algo... Después de un viaje... ¿Verdad?

»Le agradó el ofrecimiento:

—Efectivamente, no me disgustaría tomar un bocado.

»Me precipité hacia el armario, donde quedaban aún sobras de la comida. Mi tío era hombre de

buen diente, capaz de pasarse doce horas comiendo. Le presenté primero unos filetes de vaca, sin otra idea que ganar tiempo, seguro de que le agradaban muy poco. Pero, suponiendo tal vez que no había otra cosa, tranquilamente apechugó con ello. Cuando comprendí que ya no tomaría más, le puse delante los restos de un pollo, media empanada, muy apetitosa, de jamón y ternera, patatas cocidas y aliñadas, una fuente de crema, y vino: todo lo que yo me había reservado para el día siguiente. ¡Oh! señor mío, ¡qué manera de tragar!... Y entre bocado y bocado, murmuraba:

—¡Chico! Tienes buena despensa...

»Yo hacía todo lo posible para obligarle á comer, para que no abandonara la mesa; y él se dejaba obsequiar sin resistencia ni desmayo. (Decían de mi tío en el pueblo que se hubiera comido un buey.)

»A las cinco de la madrugada ya lo había devorado todo. Yo estaba en ascuas. Entretuvimos aún más de una hora con el café y el chupeteo de licores. Pero, al cabo, se levantó y dijo:

—Enséñame tu casa.

»Yo estaba desesperado; le seguí, casi dispuesto á tirarme por una ventana... Entrando en la alcoba, desvanecido, me prometía un dichoso azar, una fortuna imprevista, y mi corazón palpitaba confiado, imbuído por no sé qué ilusoria esperanza.

»Victoria, después de levantarme yo, había cerrado las colgaduras de la cama. ¡Si el viejo sacerdote no fuese curioso, y pasara sin tocarlas!... ¡Ah, señor mío! Acercándose con la bujía en la mano, ¡zas!, de una sacudida las abrió. Habíamos quitado la colcha, y ella se había tapado hasta la cabeza con la sábana; pero se dibujaban, caballero, se dibujaban sus exuberantes curvas. Temblé como un accidentado, y se me hizo un nudo en la garganta. Mi tío se inclinó hacia mí, sofocando su risa, y al verle aquella cara tan risueña, estuve á punto de dar un salto hasta el techo; mi asombro no tenía límites.

»El viejo cura me dijo en voz baja:

—¡Hola! ¡Hola! ¡Qué bromista eres! Me largaste un embuste; no quisiste despertar á tu hermano. Ahora verás de qué manera le despierto yo.

»Y vi cómo se alzaba su dura mano de campesino; la vi caer y rebotar sobre la curva más redonda y saliente... Resonó un ¡ay! lastimoso, y agitóse la sábana como la superficie de un mar alborotado. Apareció, al fin, Victoria, incorporándose, con los ojos encendidos como dos faroles, mirando retroceder á mi tío, que se apartaba, horrorizado, con la boca de par en par, ahogándose... Caballero: el susto le había cortado la respiración.

»Completamente desesperado y aturdido escapé, corrí... Estuve seis días vagabundo y sin atreverme á entrar en casa. Cuando, á fuerza de reflexiones, un poco sereno y animoso, me decidí á volver, ni estaba ya el tío ni supe de Victoria...»

Patissot, muerto de risa, balbuciaba:

—¡Lo creo!

Y el otro permanecía silencioso. Pero al cabo de algunos momentos, prosiguió:

—Aquella desdicha fué causa de que mi tío me desheredase, creyendo que aprovechaba yo las ausencias de mi hermano para correr aventuras.